

MACHADO DE CUERPO ENTERO EN “LOS APOCRIFOS”

El oficio de poeta es, quizás, el más extenuante que Dios ha dado al hombre. Porque ninguno es tan obra de creación como él. Y crear ya sabemos que es un acto en el que Dios mismo se fatigó. . . Quizás Antonio Machado buscara una especie de reposo del guerrero, cuando escribió: “. . . *dejar quisiera / el verso, como deja el capitán su espada*”. No creemos, sin embargo, que —ni en este momento, ni en ningún otro— Machado se hubiera sentido realmente agotado como poeta, es decir, acabado.

Algún estudioso de su obra opina que Machado , nacido poeta, decae con el tiempo, y se refugia entonces en la prosa. Síntomas de agotamiento encuentra, por ejemplo, José María Valverde¹ en el último libro machadiano de poesía, en **Nuevas Canciones**, al que después le siguen escritos en prosa como **De un Cancionero Apócrifo** (o **Abel Martín**) y **Juan de Mairena**, los cuales cerrarían ese supuesto ciclo crepuscular.

Nos parece que considerar acabado a un poeta porque también escriba en prosa —aunque se dé la coincidencia de que la prosa la escriba en el ocaso— es una conclusión excesiva. La prosa no puede ser un refugio de poetas venidos a menos, sobre todo si esa prosa es “excelente” y de elucubración filosófica, como es el caso de Antonio Machado. Dejar entonces el oficio de poeta, para meterse en el de filósofo, habría sido para Machado como ir a estrellarse contra el escollo de Escila por tratar de esquivar el remolino de Caribdis. . .

Antoñio Machado es poeta y filósofo a la vez, ambos atributos son inseparables en su obra. Hay filosofía en sus versos, y hay poe-

1. **De un Cancionero Apócrifo**. Pág. 209.

sía en sus escritos en prosa. Lo que Guillermo de Torre² ha llamado el “castellanismo intelectual”, bien puede encontrarse en los versos de nuestro poeta; y lo que él mismo llama “andalucismo ingénito” —a modo de la musa juguetona de su hermano Manuel— bien puede encontrarse en los escritos en prosa de Antonio.

Es, obviamente, autobiográfico ese constante empeño de Antonio Machado por parangonar, o contrapuntar, poesía y filosofía. Como cuando escribe, por ejemplo: *“La filosofía, vista por el ingenuo, es el mundo al revés, mientras que la poesía es el mundo visto a derechas; pero, para ver el mundo a derechas, hay que verlo también del revés”*. O cuando dice: *“Los grandes poetas son metafísicos fracasados, y los grandes filósofos son poetas que creen en la realidad de sus sueños”*. Por el designio autobiográfico, Machado hace de los personajes de ficción de que nos vamos a ocupar poetas y filósofos a la vez, y les atribuye una *“metafísica de poetas, donde no se definen previamente los términos empleados”*³.

La prosa es el instrumento que usa de preferencia Machado para expresar sus ideas filosóficas. La prosa a veces salpicada de versos con que está escrito **Abel Martín o De un Cancionero Apócrifo** y **Juan de Mairena**. Una prosa que no es tan cincelada y depurada como la de los famosos prosistas de su generación, “la generación del 98”, en la que figuran un Azorín o un Unamuno. Pero una prosa, sin embargo, que hasta puede ser considerada como *“un hallazgo único, una innovación radical, una revolución de estilo”*⁴. El estudioso y el lector de la obra en prosa de Antonio Machado sienten, en efecto, que se encuentran ante algo particularmente refrescante, vivo y profundamente comunicativo.

Fuertemente atraído por la filosofía, y con título de licenciado por la Universidad de Madrid en esta disciplina, Antonio Machado tiene, sin embargo, una actitud muy peculiar para con la filosofía, en cuyos laberintos no quiere innecesariamente perderse. Sin dejar de bucear en los problemas que la filosofía plantea, toma, sin embargo, la submersión con cierto garbo deportivo; y, si bien se ocupa en preguntar a la filosofía acerca de los problemas humanos, no se preocupa excesivamente por sus respuestas, pues, en cierto modo, la filosofía le parece “inválida”, inepta para resolver verdaderamente los interrogantes del espíritu humano. No deja, sin embargo, de encontrar-

2. En introd. a **Poesía y Prosa de A. Machado**. Losada.

3. José María Valverde, en introd. a **Juan de Mairena**.

4. **Op. cit.**

la esperanzadora, en lo que tiene de capacidad de acceso a la realidad. Y es precisamente, la búsqueda de la vía para llegar a la realidad objetiva lo que lleva a Antonio Machado —buscador de lo absoluto— a apoyarse en la filosofía y requerir su auxilio.

La actitud, a la vez inquisitiva y cauta, que Antonio Machado tiene para con la filosofía queda al desnudo en esta nota autobiográfica: *"Juan de Mairena es mi yo filosófico, Mairena es un filósofo cortés, un poco poeta y un poco escéptico," que tiene para todas las debilidades humanas una benévola sonrisa de comprensión y de indulgencia. Le gusta combatir el snobismo de las modas. Mira las cosas con criterio de librepensador*"⁵.

Antonio Machado se autorretrata de cuerpo entero en este párrafo para **La Voz de Madrid**, un año antes de su muerte, y, a confesión de parte, se prueba definitivamente el carácter autobiográfico de los personajes de ficción inventados por nuestro poeta-filósofo. Pero no llegamos ahí todavía. Lo que ahora recalcamos es la actitud de Machado para con la filosofía. Y a este propósito, he aquí otras frases de Juan de Mairena, que completan la imagen: *"Podemos decir, en previsión de fáciles burlas, que nosotros hacemos en esta cátedra de Retórica y Sofística una especie de astracán filosófico. Pero nosotros queremos ser sofistas en el mejor sentido de la palabra: librepensadores. . . ¿Y adónde vamos nosotros, aprendices de poetas, con esta fe nihilista? Se nos dirá que nuestra posición de poetas debe ser la del hombre ingenuo que no se plantea ningún problema. Pero es precisamente nuestra ingenuidad de hombres la que nos plantea estos problemas. . . Nosotros no hemos de incurrir nunca en el defecto de tomarnos muy en serio. ¿Porque con qué derecho someteríamos nosotros lo humano y lo divino a la más aguda crítica?"*

Estas frases, espigadas de varios pasajes de **Juan de Mairena**, nos ahorran muchas palabras sobre las verdaderas metas de la dedicación de Antonio Machado a la filosofía, si bien la profundidad y vastedad de su obra en este campo trasciende su modesta declaración de propósitos.

La tribuna elegida por Antonio Machado para exponer sus ideas filosóficas fueron sus escritos en prosa, fundamentalmente: **Abel Martín** o **De un Cancionero Apócrifo** y **Juan de Mairena**. El autor no tenía al comienzo la idea de publicarlos en forma de libro, como expresamente lo dice: *"Estas impresiones constituían un diario íntimo, no destinado en absoluto a la publicidad, hasta que un día saltaron de*

5. Op. cit.

mi cuarto a las columnas de un diario". En lo que se refiere a **Abel Martín**, éste se publicaba desde 1926 en **La Revista de Occidente**, y sólo en 1928 aparece insertado al final de las Obras Completas de Antonio Machado. **Juan de Mairena**, por su parte, se fue formando por entregas del autor a los periódicos **El Diario de Madrid** y, al desaparecer éste, a **El Sol** de la misma ciudad. Fueron un total de 50 artículos, publicados en dichos periódicos, en el plazo que va de noviembre de 1934 a 28 de junio de 1936, en los linderos mismos de la guerra civil española. Lo que luego siguió, en el ciclo de Mairena, y mientras el autor vivió, éste lo insertaba donde podía y con las curiosas apostillas de: "Sigue hablando Juan de Mairena", o "A la manera de Juan de Mairena". Una vez concluye uno de sus artículos con este epílogo: *"He aquí lo que hubiera dicho Juan de Mairena, si hubiera vivido en nuestro tiempo con la mentalidad del suyo"*.

La verdad es que ninguno de estos dos poetas filósofos vivió en tiempos de Antonio Machado, ni en ningún otro, que, simplemente, "no existieron, aunque pudieran haber existido". Nuestros futuribles son, pues, pura ficción de don Antonio. La trama, con todo, nada tiene que ver con la novela. A lo único que puede parecerse algo es a **Los diálogos**, en que Platón hace hablar a Sócrates. Sólo que Machado hace hablar a dos entelequias, aunque para hablar él mismo, en realidad. *"La creación de los apócrifos —dice José María Valverde— había sido un recurso de Antonio Machado para manejar unos sistemas de conceptos que personalmente él no podía presentar con convicción, pero que le parecía debían ser expuestos, como alusión oblicua e irónica al fondo de su pensamiento"*⁶.

Y es así como, jugando con sus marionetas "Martín" y "Mairena", Antonio Machado tiene a quien atribuir los problemas filosóficos que bullen en su mente, haciendo planteamientos y buscando sus soluciones a través de esos personajes. En realidad, a Antonio Machado parece, muchas veces, dársele una higa de la filosofía. *"incompatible —opina un crítico—⁷ con su posición y hábitos mentales. . . La filosofía es para él un fracaso, por cuanto el pensamiento abstracto no puede captar la realidad viva"*. Si de Juan de Mairena dice su creador que era un hombre *"formado en el descrédito de las filosofías románticas"*, bien puede pensarse lo mismo, sin ser mal pensado, de Antonio Machado. *"Lo que os digo —proclama, sin embargo, por bo-*

6. Op. cit.

7. Op. cit.

ca de su alter ego- *no puede ir en descrédito sino en loor del pensamiento filosófico, capaz de fecundar a través del tiempo la heroica y tenaz incomprensión de los hombres. . . Mas, yo quisiera apartaros de la servidumbre a la letra en Filosofía*". He aquí a Antonio Machado de cuerpo entero, encarnado en Mairena, vacilante y contradictorio, buscador empecinado de la realidad esencial de los seres, pero, a la vez, descorazonado de encontrarla, y siempre salvado por un acto de fe a último minuto.

¿Por qué llama Antonio Machado "apócrifos" a sus alias y a los libros donde ellos se insertan? Desde luego, él no da al término el mismo sentido considerados como espurios. Machado se atiene al sentido etimológico de oculto, secreto, inconfesado y, mejor aun, supuesto. Por lo tanto, cuanto hay en los apócrifos machadianos no sólo serían nombres y situaciones supuestas, sino también ideas personalmente inconfesadas. Pero lo dice mejor él mismo, en una noción incidental acerca del concepto y de la función de lo apócrifo, que viene muy adelante en el texto de **Juan de Mairena**. "*Debemos partir de lo imaginado, de lo supuesto, de lo apócrifo, nunca de lo real. . . porque vivimos en un mundo esencialmente apócrifo, en un cosmos y poema de nuestro pensar, ordenado o construido todo él sobre supuestos. . .*" La razón, pues, que le asiste a Antonio Machado, desde su punto de vista, para emplear este recurso, es absolutamente incontestable.

¿Cuántos y quiénes son los apócrifos y machadianos? Veámoslo. Y, primero, los ya nombrados: Abel Martín y Juan de Mairena.

Abel Martín, por más señas sevillano como el mismo Machado, nace en 1840 y muere en 1898. Así, su creador le asigna un término de vida razonable, más bien bajo, de 58 años, pero no mucho menor que el de 64 años que alcanzó el propio Machado. Este Abel Martín, maestro de Juan de Mairena, es --según Valverde-- "*el nuevo nombre que se da Antonio Machado, al cabo de su larga lucha con la filosofía, como Jacob recibió un nuevo nombre, tras su lucha de toda una noche con el ángel de Dios*".

El libro en que aparece Abel Martín, **De un Cancionero Apócrifo**, es un libro machadiano de estructura muy original, fundamentalmente en prosa, pero donde se insertan bastantes poemas, atribuidos por nuestro poeta a su alias Abel Martín. Se trata, pues --como lo ha señalado alguien--, de "versos abundantemente enmarcados en prosa" o de "prosa en torno a unos versos". **De un cancionero Apócrifo** puede ser concebido como "un ensayo de poca estructura orgánica,

gestado por acumulación de apuntes” y como una especie de sondeo para la obra de más envergadura que le sigue, **Juan de Mairena**.

Machado, por su parte, atribuye a Abel Martín la autoría de cuatro libros de filosofía --o de metafísica, como dice la **Revista de Occidente**-- y cuyos títulos, también ficticios, son: “Las cinco Formas de la Objetividad”, “De lo Uno a lo Otro”, “De lo Universal cualitativo” y “De la esencial Heterogeneidad del Ser”. Todos estos libros --que Machado hubiera querido escribir y no escribió-- describen el radio de sus preocupaciones filosóficas, las mismas que él atribuye a Martín, cuando dice: “*Preocupan al poeta el movimiento, la materia extensa, la limitación cognoscitiva y la multiplicidad de sujetos*”.

Juan de Mairena es también hecho sevillano por Machado, que, de esa manera, arrima el ascua a su sardina. A este apócrifo --el principal de todos-- lo hace nacer de 1865 y morir en 1909, a los 44 años de edad. La preocupación de Machado por la muerte no puede disimularse. No sabemos cuál es la razón para llevar a Mairena a morir en Casariego de Tapia, una insignificante aldea de montaña del Norte español.

También a Juan de Mairena lo hace Machado autor de varios libros: de una “Vida de Abel Martín”, de un “Arte Poética”, de las “Coplas Mecánicas”, “El Gran Climatérico” y “Los Siete Reversos”, única obra ésta de metafísica, inserta en la tradición iniciada por Abel Martín. Hay que diferenciar lo que escribe Juan de Mairena - lo cual no se encontrará en ninguna biblioteca, porque son títulos ficticios - y lo que escribe Machado, valiéndose de “*Juan de Mairena, sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de un profesor apócrifo*”.

Jorge Meneses resulta una especie de subapócrifo, pues aparece de segunda mano en los supuestos escritos de Mairena como “inventor de una máquina de trovar”, lo cual constituye, quizás, una aspiración subconsciente de Machado, tal como otros han alimentado la ilusión de inventar una máquina de tiempo o algún artilugio que garantice el movimiento perpetuo.

En su afán de crear apócrifos, Antonio Machado alude en cierta ocasión a eso de tener “*entre manos mi tercer apócrifo, Pedro de Zúñiga, poeta actual, nacido en 1900*”⁸. Parece, sin embargo, que la cosa no pudo prosperar, o el escrito se perdió, pues no hay rastros de lo que haya podido ocurrir con Zúñiga.

Antonio Machado se hace apócrifo hasta a sí mismo; ni más ni

8. Carta a Jiménez Caballero, Director de **La Gaceta Literaria**, 15-3-28.

menos. Aunque con la salvedad retórica de que *"algunos lo han confundido con el célebre poeta del mismo nombre (parece que Machado sabe que es o será célebre), autor de 'Soledades' etcétera"*. Este Antonio Machado júnior es tan similar al Antonio Machado sénior que nace también en Sevilla, sólo que veinte años después que su padre putativo, y es profesor en Soria, Baeza, Segovia y Teruel, para morir en Huesca, calcando los pasos de su homónimo, menos en Teruel y Huesca, donde no sabemos qué hubiera estado Antonio Machado. Este Antonio Machado apócrifo va inserto en una también apócrifa —y parece que nonata— Antología de Poetas del Futuro, que Machado pensaba publicar, con poetas tan sugestivos como Adrián Macizo, José Mantecón, y otros de nombre igualmente pintoresco, de los cuales se proponía hacer *"cultivadores de una lírica inmergida en las mismas vivas aguas de la vida"*. En esta anticipación editorial, Machado se reía de su sombra y mezclaba su prosa con la de Santa Teresa. Esos doce poetas en total, según el habitual estribillo, "no existieron, pero pudieron existir", y se quedaron en el tintero de Machado, apenas en boceto. En el mismo tintero los dejamos nosotros, que sólo podemos fijarnos en los de más bulto: Abel Martín y Juan de Mairena.

Ocuparse ex profeso de **Abel Martín** y **Juan de Mairena** es tanto como entrar —quíerese o no— en los vericuetos del pensamiento filosófico de Antonio Machado, acerca de los principales problemas e interrogantes sobre el hombre y el universo. Es amplia la gama de problemas que, si no desentraña, por lo menos esboza, Antonio Machado en "los apócrifos", problemas que en sus libros en verso no pueden encontrarse sino de manera subyacente.

Es fundamentalmente en **Abel Martín** —a pesar de ser un libro breve y estructuralmente deshilvanado— donde Antonio Machado plantea su pensamiento filosófico. **Juan de Mairena**, si bien triplica materialmente la extensión de **Abel Martín** (230 páginas contra sólo 75), no se adentra tanto en las grandes oscuridades, sino que tan sólo merodea en torno a problemas mayormente periféricos y anecdóticos de una filosofía práctica y doméstica, al estilo, quizás, del *Eclesiastés* en la Biblia o de los "Pensamientos" de Marco Aurelio. Se señala que algún libro de Eugenio D'Ors o de Paul Valery han podido influir, a este respecto, en nuestro autor. La divisa que adoptara el famoso sabelotodo Pico de la Mirándola parece ser también la del menos pretencioso Juan de Mairena, cuyo libro trata asimismo "De omni re

scibile” y quizás “De quibusdam aliis” (De todo lo cognoscible y . . . de algunas cosas más).

El hecho de que Abel Martín sea quien acapare el papel de exponer, fundamentalmente, el pensamiento filosófico de Antonio Machado se debe, quizás, a que Abel Martín ha recibido en el “*dramatis personae*” de Machado la función de maestro y Juan de Mairena sólo la de discípulo. Por lo que se da el caso de que el pensamiento más importante de Mairena se filtra a través del cedazo de Abel Martín. Lo que exponemos aquí del pensamiento filosófico de Antonio Machado se toma indistintamente de ambos libros, pues ambos son por igual los alias de nuestro poeta filósofo.

Si se quieren sistematizar un poco los problemas que ocupan la mente de Antonio Machado, tal como se vuelcan en sus escritos, ellos pueden reducirse a estos campos principales:

1. El del ser o la substancia.
2. El del conocimiento (o problema gnoseológico).
3. El de la estética.
4. El del amor (o el problema erótico).

1. El problema del ser. Al analizar el pensamiento filosófico de Antonio Machado, se echa de ver que su preocupación fundamental es la de las esencias, la de la substancia como equivalente mental de la realidad objetiva, y no la existencia concreta, es para Antonio Machado el problema más acuciante; y, por eso, si hubiera que calificarlo, como filósofo, de alguna manera, habría que llamarlo esencialista, con lo que se sitúa en una posición diametralmente opuesta a la del existencialista.

En el problema del ser, Antonio Machado basa, fundamentalmente, su pensamiento en el de Leibnitz, para quien los seres están constituidos por una substancia simple llamada mónada. Pero, mientras Machado deja un poco en penumbra la mónada, como conjunto de todos los casos posibles en la existencia real, atribuye particular relieve a la mónada como conciencia, como actividad de la substancia. Con conciencia, como actividad de la pura substancia, la mónada ya no es un espejo del universo, sino la refracción del universo mismo, “el gran ojo que, al verse, todo lo ve”.

Esencialista por antonomasia, un pensador en busca de la interior esencia de los seres, Antonio Machado se acerca a Leibnitz —de quien hubiera podido ser el homólogo español—, pero se aparta tam-

bién a veces y somete a la crítica sus teorías. En búsqueda de la realidad objetiva —que no es sino un circunloquio para decir esencia— Machado va desechando implacablemente diferentes formas posibles de objetividad, para concluir que ellas son meras "*formas aparienciales y, en fin de cuentas, actividades del sujeto mismo*".

Es en la búsqueda de las esencias donde Antonio Machado parece desbarrancarse —quizás, para el observador superficial— al sostener que "el ser puro, el ser como es, no existe, es la pura nada". Fuera de Dios, concebido a la manera de Leibnitz como ser nucleador, armonizador, homogeneizador de la pluralidad y la diversidad, todo lo demás que se cree ser, no es sino la nada: lo único que Dios pudo crear sin contradecirse, sin hacer copias de sí mismo, acto este que sería radicalmente imposible; porque habría entonces un competidor de Dios, un rival, alguien con quien el ser pudiera ser compartido.

Antonio Machado se encamina con tal ahínco a la interioridad de las cosas que nunca pudo quedarse en una mera circunvalación del ser, a modo de las filosofías voluntaristas. Machado ha desnudado el ser, lo ha vuelto del revés. Da la impresión de haber colocado su punto de mira en alguno de los "Siete Reversos" que él atribuye a Mairena, y otear el universo desde algún campamento situado en la cara oculta de la Luna.

En su perspectiva del mundo, que parece tan oscura, se cuele, sin embargo, indirectamente, algún rayo de luz. Entre la aniquilación general del ser, mientras el hombre es rebajado hasta la nada, queda en pie la imagen de Dios. Después de que Machado ha embestido como un Quijote contra los trasgos y gigantes, contra las apariencias, después de haber arrumbado el ser, podría exclamar como Bossuet. "*Dieu seul est grand:*" Pero subsiste la impresión de que no es, propiamente, hacer un favor a Dios concebirlo como "creador de nada".

El concepto machadiano del ser viene a ser una figura hipérbole de lo que, con más rigor filosófico, sostiene Leibnitz acerca de la mónada, cuyo centro de gravitación y explicación última sólo puede ser Dios, el único Que-Es. Y, sintomáticamente, esta noción de Dios como El-Que-Es coincide demasiado con textos bíblicos, para que se la pueda tomar ligeramente a chirigota⁹. Quizás Machado trajina así mismo por los senderos de Kant que, si en **La Crítica de la Razón Pura** establece los límites de la razón humana, deja un sitio para la fe en algo trascendente. Sin ser creyente al modo clásico, Antonio Macha-

9. Como 4.

do ha podido tener una noción de Dios que se aproxima a la de Pascal y Kierkegaard.

Ya que no pretende definir al ser, sino a su contrario, la filosofía de Antonio Machado resulta como la teoría de la antimateria en física o, más propiamente, resulta una antiontología. Y él está consciente de ello cuando califica la metafísica de Juan de Mairena (y la suya propia, por ende) como la "*metafísica del no ser, de la absoluta irrealidad, de las varias formas del Cero*". Perspectiva que, así parezca desoladora y fría, Machado ha tratado de establecer con fervor y como una obra de justicia. A ello se refiere, cuando dice: "*¿Cómo no intentar devolver a lo que es su propia intimidad? Esta obra fue iniciada por Leibnitz, pero sólo puede ser continuada por la poesía*". Curiosa observación! ¿Qué es, entonces, lo que nos ha ofrecido propiamente Antonio Machado en su concepción del ser, al parecer, tan difícil de comulgar como una rueda de molino? ¿Es filosofía o es poesía? Quédese así flotando la pregunta, la cual no carece de sentido para un poeta filósofo que, en cierta ocasión, habla, por ejemplo, de "vivir el *poema* de Schopenhauer (llama así a su filosofía voluntarista) con música de Wagner", así como "de vivir el poema de Leibnitz (llama así a su filosofía esencialista) con música de Mozart". Para quien hace tal aleación de bellas artes y ciencia del intelecto, es que la filosofía puede tener una coloración poética y hasta una coloratura musical; mientras que la poesía y la música podrán tener también, sin duda, su pigmentación filosófica. . . Comoquiera que sea, no somos los únicos en interpretar así algunos chispazos del genio de Machado, realmente inconfundibles. Valverde dice a este respecto que la lucha de Antonio Machado por depurar el ser bien puede considerarse "*una especie de epopeya de la toma de conciencia del hombre en cuanto a sus propios límites y en cuanto a la grandeza trascendente de Dios*"¹⁰. Y si hay epopeya en la filosofía de Machado, ¿por qué no buscarla también en el resto de su obra?

2. El problema gnoseológico lo toca incidentalmente Machado —aunque con profundidad a la vez— dentro de su preocupación primordial de establecer la validez del instrumento con que contamos —la mente— para "conocer —como él dice— el modo de conocer". No encontramos, pues, en Machado —ni se requería— una teoría orgánica del conocimiento, como en los tratados ex profeso. El proble-

10. El-Que-Es me ha enviado (Ex. 3, 14).

ma gnoscológico, para Antonio Machado, va inserto también en el problema general del ser, pues la conciencia cognoscitiva es analizada desde el mismo punto de mira que la substancia. La conciencia es concebida también como una mónada, sólo que dotada de fuerza activa y, por tanto, la única que puede constituirse en imagen del universo, y aun en el universo mismo, según la expresión de Benedetto Croce. Para Antonio Machado, la conciencia como poder cognoscitivo tiene una función que cumplir muy específica, pero nada airosa, por cierto: la de *"descubrir nuevas apariciones del ser, y no necesariamente la de suministrar razón alguna para distinguir entre lo real y lo aparente"*.

3. La estética de Antonio Machado

No obstante su propensión filosófica, tanto en verso como en prosa, Antonio Machado es un poeta de raíz popular. Sus cualidades de sencillez y de legibilidad, diríamos, constituyen el principal factor de la atracción que su obra sigue ejerciendo, cuando la de otros poetas se queda en las antologías, para deleite de "la inmensa minoría", como el mismo Machado, con peculiar expresión, pronosticaba.

Antonio Machado es deliberadamente simple, según propia confesión: *"Mis romances miran a lo elemental humano, a los campos de Castilla y al primer libro de Moisés llamado Génesis"*. El no quiere saber nada de esa cortesía que, según Ortega y Gasset, exige al poeta ser deliberadamente oscuro con el lector, mientras que sólo al prosista se le exigiría ser claro.

La sencillez no es, como podría creerse, el camino estético más fácil. Antonio Machado lo ha escogido conscientemente, con un propósito que responde a conceptos estéticos propios a una "filosofía de trabajo", a una serie de ideas directrices *"sobre la lírica que me acompañaron —dice— en los períodos de más intensa producción"*, campo en el cual tuvo a veces que salir al paso a *"objeciones que algunos hicieron a mi obra o, más bien, a mis intenciones, a mi ideario estético"*. Machado expone esa su "filosofía de trabajo" cuantas veces puede, en las presentaciones de sus libros en verso que vieron la luz durante su vida, en el librito **Notas sobre la Poesía** que quedó inédito y, muy particularmente, en lo que a nosotros concierne, a través de Abel Martín y Juan de Mairena, a quien atribuye la autoría de un "Arte Poética", en realidad, la propia arte poética que Machado no escribió, pero de acuerdo con la cual escribía su poesía.

Machado, el poeta de la santa simplicidad, tuvo que habérselas,

por singular ironía, con una generación de poetas que lo que buscaba era, precisamente, todo lo contrario, simbolizado en la vuelta a Góngora, el maestro del barroco, de lo conceptual, de la perífrasis, del uso desmedido de la metáfora. A través de Abel Martín, Antonio Machado reprocha a la neobarroca “generación del 27” (1927) cosas como estas: “Su pobreza de intuición”, acerca de la cual dice que *“las imágenes del barroco disfrazan conceptos, pero carecen de intuición”* entendida como falta de experiencia externa, de contacto directo con el mundo sensible. Otro importante reproche está en *“el culto a lo artificioso, el desdeño de lo natural, la expresión perifrástica, el uso desmedido a la metáfora”* que, en su opinión, caracteriza a los neobarrocos. La censura se torna severa, cuando Machado escribe: *“Bajo la abigarrada imagería de los poetas novísimos, se adivina un juego arbitrario de conceptos. Todo eso es muy ingenioso, pero no es lírico. El más absurdo fetichismo en que puede incurrir un poeta es el culto de la metáfora”*.

Si bien la metáfora es un elemento esencialmente poético, cuando es debidamente usado, lo que propugna Machado es que ella no encubra la vacuidad de pensamiento y sentimiento. *“Pensaba yo – dice, al referirse en pasado a su obra de creación poética– que el elemento poético no era la palabra por su valor fónico, ni el color, ni la línea, ni un complejo de sensaciones; sino una honda palpitación del espíritu, lo que pone el alma, o lo que dice con voz propia, animada del contacto del mundo”*. Lo que Machado, en síntesis, exige de la metáfora es que ella tenga un límpido origen: *“ Toda la imagería / que no ha brotado del río / ¡barata bisutería!”*

El camino estético propio que Machado ha elegido sólo tiene un imperativo: el de buscar la belleza, único credo confesado, el cual le evita, de paso, incorporarse a ninguno de los “ismos” en boga en su tiempo. Machado supedita su obra a su tiempo, pero a un tiempo en el sentido profundo, y no a las modas estéticas que dicten ciertos poetas –nacidos, por casualidad en una época, como pudieron nacer en otra–. Machado hace de la “temporalidad” y de la “espacialidad” (del escribir para aquí y ahora) la clave de bóveda de su obra. Según Machado, es sólo encarnándose en el tiempo como puede aspirar un creador a “intemporalizar” o “eternizar” su obra.

El de intemporalidad e inespacialidad es uno de los cargos que hace Machado a la “generación del 27”, agrupada en torno a la figura barroca de Luis de Góngora, cuyo tercer centenario se celebraba ese año. Según él, estos poetas parecen no haber *“puesto su reloj por*

el meridiano de su pueblo. . . y buena parte de su obra pudiera traducirse al esperanto". Algo que él ha querido evitar. Y es sintomático que Antonio Machado se haya universalizado cuanto más ha propendido a localizar su obra en España.

4. Quiero reseñar, por último, el pensamiento de Antonio Machado acerca del amor a través de los apócrifos. Y en esto es, otra vez, Abel Martín el que la gana contra su discípulo Juan de Mairena. Mairena esquivada, más o menos elegantemente, —nosotros creemos que no hay ninguna elegancia en ello— el problema del amor de la manera que lo muestran estos párrafos dispersos en sus "apuntes":

"Siempre dejé a un lado el tema del amor —dice Mairena a sus discípulos— por esencialmente poético y, en cuanto sentimiento, ajeno a nuestra asignatura y porque de nada como del amor ha usado y abusado tanto la retórica; otro sí, el amor es tema escabrosísimo para ser tratado en clase y muy complicado, desde que la ciencia lo ha hecho suyo y desde que los psiquiatras han descubierto muchas cosas. . . y han inventado tantos nombres para mentarlas y definir las. . . Nosotros no hemos de insistir demasiado sobre el tema del amor; en primer término, porque toda insistencia nos parece de mal gusto; y, en segundo, por no plantearnos temas filosóficos demasiado difíciles".

No se nos alcanza, en realidad, por qué Antonio Machado hace tejer a Juan de Mairena toda esa serie de razones poco convincentes para descartar el tema del amor, cuando todo lo demás es admitido en su miscelánea. Que el amor sea tema "esencialmente poético", no es una buena razón para que un poeta, aunque escriba en prosa, lo deje de lado. Que el amor sea "ajeno a la asignatura" de Mairena, tiene ciertos vicios, cuando sabemos que Machado hizo a Mairena profesor, precisamente, de una asignatura que él personalmente desdeña. la gimnasia y, sólo por carambola y de ciento en viento, leccionario de retórica, filosofía y letras. Lo de que "del amor ha abusado la retórica", pase, pero ¿por qué dejarnos pensar que él, Antonio Machado, o sus alias Mairena, podrían abusar también del tema? En cuanto a que el amor es tema, no ya sólo escabroso, sino "escabrosísimo" para tratarlo en clase, se contradice francamente con lo que el mismo Machado dice, en otra parte de los apócrifos, en relación con el amor y la educación de la juventud, y que suena así: *"Algunos pedagogos comienzan a comprender que los niños no deben ser educados como meros aprendices de hombres. Se ignora que la castidad es la virtud de los jóvenes y la lujuria cosa de viejos y que ni la naturaleza ni la vi-*

da social ofrecen los peligros que los pedagogos temen para sus educandos. . . Se quiere a todo trance apartar a los jóvenes del amor y hacer de la gimnasia el beleño adormecedor del sexo. . .”

Saca luego Mairena a cuento a los psiquiatras —seguramente tiene en vista a un coetáneo Freud y su doctrina de la pansexualidad que, a su juicio, ha desvalorizado el amor— para escaparse por la tangente y él, que no es psiquiatra, eludir el tema del amor como estratégicamente evitando. No se entiende fácilmente, tampoco, eso de no querer “insistir sobre el amor”, como no sea porque ya fue tratado en otro apócrifo, en Abel Martín. Finalmente, lo de no entrar en el tema del amor por “no plantear temas filosóficos demasiado difíciles”, es incomprensible en un poeta-filósofo como lo es Machado, que ha hincado el diente en la rueda de molino de las mónadas, y en el pan duro del ser y el no ser, la esencia, la substancia y la nada. . .

Pero, dejemos de motejar al buen don Manuel porque, si no es en Juan de Mairena, sí nos ofrece un banquete del amor en Abel Martín, aunque sea un banquete, por cierto, bastante sofisticado, como hoy se diría y como vamos a verlo.

Antonio Machado se retrata a sí mismo y bosqueja su filosofía del amor al retratar a Abel Martín con esta frase: “*No es para Abel Martín la belleza el gran incentivo del amor, sino la sed metafísica de lo esencialmente otro*”. Toda la filosofía de Machado se concentra en torno a la columna vertebral del otro y, entonces, era especialmente necesario que esto ocurriera con el amor que es, inexorablemente, tendencia hacia el otro. Y, si en la esfera del conocimiento, Antonio Machado tiende con tal vehemencia hacia lo otro mental, hacia lo objetivo, se entiende que con mayor pasión —entendida como ímpetu del alma— se lance hacia ese otro que es “objeto no ya de conocimiento sino de amor” y de “incremento del caudal de la vida”.

Pero aquí nos llevamos otra desilusión. Como ocurría en el campo ontológico de la filosofía machadiana donde, al buscar la realidad, nos topábamos con el no ser, aquí, al buscar al otro, al buscar una presencia cálida, nos encontramos con la ausencia. Quizás habla en Machado el hombre solitario, que no pudo gozar nunca —o muy fugazmente— de la dulzura del amor, de una presencia cálida y de una comunicación plena de alma a alma.

En la filosofía erótica de Machado, el señor es el espejismo. Tiene esto visos de ser el suplicio de Tántalo ante el agua, que aparece a lo lejos y desaparece cuando se va a beberla. Esta sensación no puede estar más claro en sus palabras: “*La amada acompaña antes que apa-*

rezca como objeto de amor". Sí —recalca— aparece *"al principio y no al término del proceso erótico"*. Todo lo cual no parece ser sino la formulación filosófica de lo que comúnmente llamamos ilusión y desilusión, engaño y desencanto en el amor, idealismo y platonismo ante lo que no se tiene, y a veces desencanto y hasta hastío en lo que se posee. Machado describe el amor como una realidad que *"asombra, aguija, halaga y duele / y más se ofrece cuanto más esquivo. / Así un imán que al atraer repele"*. El juego de Tántalo estaría en que la tendencia hacia el otro, con quien el que ama espera fundirse en uno solo, sería, según Machado, irrealizable, pues, *"lejos de fundirse con él, es siempre otro"*. El juego está siempre en un eterno recomenzar, en una constante tendencia centrípeta que resulta, sin embargo, en una cita siempre diferida. Lo dice así nuestro poeta filósofo: *"La amada no acude a la cita / es en la cita ausencia. . . Siempre que nos vemos / es cita para mañana / nunca nos encontraremos"*. Hay, según eso, en el amor una especie de dimensión engañosa y onírica:

*"En sueños se veía
reclinado en el pecho de su amada.
Gritó en sueños: ¡Despierta, amada mía!
Y él fue quien despertó, porque tenía
su propio corazón por almohada"*.

No podría haber nada más cruel que esa frustración. Y esto no está dicho con sentimentalismo romántico, es la expresión formal del pensamiento filosófico de Machado, en el cual "fracasa el amor como tal, no encuentra objeto", o sea que, *"dicho líricamente —como él mismo se expresa sobre Abel Martín— la amada es imposible"*; sin que nada pueda apagar, al parecer, la "sed metafísica de lo esencialmente otro". Mientras tanto, la conciencia, algo que existe *"como tensión erótica imposible hacia lo otro inasequible. . . llega por esta ansia al límite del esfuerzo"*.

La filosofía erótica de Machado, bastante desoladora, parece, al menos, dejarnos la seguridad de que, como en seres racionales, capaces de amar *"el amor humano se diferencia del puramente animal por la exaltación constante de la facultad representativa"*. Esto no parece ir muy lejos, sin embargo, pues se sitúa en el ámbito del coito, donde *"la imaginación pone mucho más que el mero contacto de los cuerpos"*. Aquí se sitúa, a la vez, un foco de *"constante desequilibrio. . . hasta cierto grado, normal en el hombre"*. Separándose de Freud, Machado sostiene que tales *"desarreglos de la sexualidad no se originan*

en las oscuras zonas de la subconciencia, sino en el más iluminado taller de la conciencia". Para Machado, además, *"lo sexual en el amor tiene muy hondas raíces ónticas. El individuo humano no es varón o hembra por razones biológicas, sino por razones metafísicas"*. Machado profesa *"no creer que el espíritu avance un ápice en el camino de su perfección por apartamiento y eliminación del mundo sensible"*. El cree, incluso, que este mundo sensible *"es más substancial que el de la teología de escuela"* y que *"está más cerca que él del corazón de lo absoluto"*. Que *"el ethos no se purifica, sino que se empobrece, por eliminación del pathos"*. Que *"el poeta es más que el místico"* y que *"la misión del poeta es la reintegración de ambos (del ethos y el pathos) a aquella zona de la conciencia en que se dan inseparablemente"*. Porque *"la vida ascética, que pretende la perfección moral en el vacío o enrarecimiento de representaciones vitales, no es camino que lleve a ninguna parte"*.

Estos párrafos de Antonio Machado constituyen una especie de canto de cisne optimista, un tímido rayo de luz que se filtra en una filosofía del amor un tanto sombría, alentando la realización humana por un camino que no contraría al de la naturaleza. Actitud ésta a la que ni ascetas, ni místicos, ni teólogos —realmente conscientes del verdadero significado de la gracia de Dios— podrían oponer serios reparos.

No nos queda sino concluir que, a través de una obra poética y filosófica original, antinómica a veces, agonista siempre, Antonio Machado ha legado a la humanidad un aporte muy significativo para mensurar la dimensión temporal del hombre, e incluso para trascenderla, en algún absoluto existente más allá de este mundo de espejismos.